

— Me es igual. Iremos.

Hubo un momento de pausa. Teresa jugaba con los botones de su bata. Paco se paseaba. De pronto se detuvo, y apoyándose en el respaldo de la butaca que ocupaba su mujer, dijo con un si es no es de emoción:

— ¡Teresa!

— ¿Qué? — repuso, alzando los ojos.

— Hoy hace un año que nos casamos.

— Es verdad.

— En este día debemos meditar.

— Medita.

— ¿No crees, como yo, que siendo jóvenes y teniendo ante nosotros un brillante porvenir, aún podemos ser dichosos?

— ¿Y no lo eres? Tienes una fortuna, gozas cuanto quieres, tiras el dinero sin que nadie te pida cuenta; ¿qué más puedes desear?

— ¿Tú crees que eso llena todas las aspiraciones, que basta para ser feliz?

— Sí, por cierto.

— He ahí el error de muchos. Yo también creía antes que la riqueza era la dicha.

— Y seguir creyéndolo es lo mejor que puedes hacer.

Paco la contempló un instante fijamente, y después expresó con desaliento:

— Tienes razón. He sido un tonto en pedir peras al olmo.

— Son las nueve, Paco, y tengo que vestirme para el baile. Perdona si te dejo.

— Yo voy á hacer lo mismo.

Desapareció Teresa tras la puerta, y Paco la siguió con insistente mirada.

— ¡Nada en la cabeza, nada en el corazón! — exclamó al perderla de vista. — ¡Qué larga va á ser la cruz! ¡Qué caro voy á pagar mi ciego error!.. En fin, ya no hay remedio. Vamos al baile.

IV

Espléndidos estaban los salones de la condesa de T... Luces y perfumes, flores y bellas, encajes y brillantes, ofrecían un conjunto delicioso. Los rayos deslumbradores que el gas arrancaba de las piedras preciosas, unido al resplandor de las lunas venecianas y al brillo fascinador de hermosas pupilas, ofuscaban la vista. Aquel soberbio cuadro, lleno de bellezas, de animación, de vida, de alegría, electrizaba el ánimo.

En tan solemne fiesta y ante tan brillante concurrencia se encontraron frente á frente, por primera vez desde su rompimiento, Adriana y Paco.

Conocido el estado moral de éste, se comprenderá la impresión que le haría tal encuentro.

La única pasión de su vida, adormecida por la ambición, despertó potente á la vista de su antiguo ídolo.

Adriana se mostró impasible. Su amor había muerto con la traición de su prometido.

— ¡Mira, mira cómo te devora con los ojos! — le decía su hermana.

— Aún va á tener la audacia de insultarme con su amor. La que por pobre no quiso para esposa, será de su gusto para amante.

— ¡Por Dios, Adriana!

— Es capaz de todo. Sólo eso le faltaba para llegar al nivel del último miserable. Pero le aseguro que llevará su merecido. Deseo vivamente que se atreva á hablarme.

— ¿Qué piensas hacer?

— Algo que no olvide nunca. Calla, que se acerca.

— ¡Adriana! — dijo Paco con voz trémula, sentándose tímidamente á su lado.

— ¿Deseaba usted algo? — preguntó ella con la mayor tranquilidad.

— Sólo que me otorgue usted un instante de atención.

— Puede usted hablar.

— Adriana..., está usted vengada.

— ¡Bah! ¿Y eso es todo? — repuso sonriendo. — Nunca he deseado vengarme de usted.

— ¿De veras? — exclamó él con alegría.

— Muy de veras. El proceder de usted fué de aquellos que no merecen los honores de la venganza, sino... el castigo del desprecio más profundo.

— ¡Adriana!

— Lo digo sin rencor ni cólera. ¿Por qué abrigoarla? Usted es más feliz así, y yo lo seré también.

— ¡Feliz! Se engaña usted, Adriana, lo juro. La fiebre de la ambición me cegó. Creí poder olvidar á usted; creí que la riqueza era la felicidad; creí poder suplir el amor del alma con el amor comprado, y hoy que el hastío se apodera de mí, conozco mi error y renace en mí la pasión con doble fuerza. La dicha del hogar no muere nunca ni amarga el alma, como los placeres que el mundo ofrece. Tal me digo á todas horas; pero... ya es tarde.

— Yo lamento tan amargas decepciones; mas sólo veo para ellas un remedio.

— ¿Cuál? — preguntó ansioso.

— El amor de su esposa.

Estas palabras cayeron sobre Paco como agua sobre fuego.

— ¡Mi esposa! — exclamó. — ¡Carne con ojos, cabeza sin seso, corazón insensible! Se casó por vanidad; satisfecha ésta, se acabó todo. Nunca me ha amado.

— Usted no miró á la mujer, sino al oro que tenía. Ella no es responsable de que usted la tomara tal cual era.

— ¡Terrible verdad! Pero en medio de todo, yo me aturdía y gozaba á mi manera, y hoy... ¡Adriana, Adriana!, ¿por qué la ha puesto á usted Dios ante mi paso?

— Él sabe siempre lo que hace.

— Dígame usted al menos que me perdona, déme usted su consuelo.

— Está usted perdonado ha mucho tiempo.

— ¡Es usted un ángel! Su afecto sería para mí el colmo de la dicha.

Un joven se acercó en aquel instante á Adriana, solicitando el vals que empezaba.

Ella se levantó en seguida, y haciendo á Paco un ceremonioso saludo, se alejó del brazo de su pareja.

Montes quedó fascinado, loco. Tomó aquella desdeñosa indiferencia por la debilidad del amor, y pensó radiante de alegría:

— ¡Me ama! Aún puedo ser feliz.

En el salón inmediato, Teresa conversaba amistosamente con el vizconde.

— Desengáñese — decía éste, — ese hombre la ofende á usted con su abandono, con su desprecio. Yo me resignaría á todo si usted fuera feliz; pero...

— Lo soy, amigo mío, lo soy. Como nunca le he amado, no echo de menos su cariño. Él se casó por mi capital y disfruta de todos los beneficios de la riqueza; nada más debe desear. Yo me casé... por una extraña fascinación; disfruto de la completa libertad que deseaba y me encuentro bien así.

— Pero eso no puede satisfacerle. Es usted joven, bella, adorada; un hombre apasionado la ofrece su amor. ¿Es justo que por ese imbécil que la desprecia haga usted desgraciado á quien la idolatra?

— ¡Vizconde! — murmuró con meloso acento.

— Teresa mía — añadió, estrechando sus manos con transporte, — la pasión nos ofrece todos sus encantos, el mundo todos sus goces. Nuestro mutuo amor

puede crearnos un paraíso. No cerremos las puertas á la dicha, que si huye de nosotros no volverá.

¿Qué iba á contestar la *fiel* esposa?

No lo sabemos, porque Paco, que se presentó bruscamente, cortó el diálogo diciendo:

— Permítanme mi querida esposa y mi buen amigo que interrumpa su sabrosa conversación. Tendría mucho gusto, Teresa, en que bailásemos este rigodón, si me lo concedes.

— ¿Por qué no? Concedido.

— Perdone usted, amigo mío, que le robe tan grata compañía. Soy entusiasta por el baile.

Y sin darle tiempo para contestar, la sacó de allí del brazo.

— Teresa — dijo con firme acento cuando estuvieron lejos, — no vuelvas á hablar esta noche con el vizconde, y evita en lo sucesivo sus encuentros. Estamos dando pasto á todas las conversaciones, y no quiero escándalo.

Ella respondió con un gesto desdeñoso, y sin añadir una palabra ocuparon juntos su sitio en uno de los cuadros del rigodón.

V

Desde la noche del famoso baile de la condesa de T..., Paco fué la constante sombra de Adriana. En todas partes lo encontraba, cada vez más expresivo, cada vez más insinuante. Ella seguía encerrada en el

reservado mutismo que él tomaba por la emoción del amor.

Enteramente entregado á su ilusión, creía posible lograr por medios ilícitos la dicha que había despreciado, y á conseguir este fin dedicaba su existencia tan por completo, que pasaba semanas enteras sin ver á su esposa. La esperanza que lo sostenía y animaba se vió al fin satisfecha.

Una noche que había empleado todos sus recursos en conmover el corazón de Adriana, estuvo ésta más expresiva, y al retirarse le dijo con bondad:

— Ya es hora de que esto termine, amable Montes; mañana á las ocho espero á usted en mi casa.

Paco quedó extático de alegría. ¡Le daba una cita! ¡La iba á ver, quizá á solas, entre las misteriosas sombras de la noche!

Esto era más de lo que podía esperar. ¡Qué de castillos en el aire, qué de planes, cuántas dulces ilusiones forjó en su embriaguez!

Al fin llegó la anhelada hora, y trémulo de placer se dirigió á la casa de su antigua prometida.

Una vez allí, lo introdujeron en el pequeño gabinete que le era tan conocido, y aguardó ansioso la aparición de su adorada; pero llamó su atención el ruido que se percibía tras la cerrada puerta de la sala. Su extrañeza subió de punto al oír una voz que decía:

— ¡Qué grata sorpresa! ¡Qué callado lo ha tenido esta chica!

Paco se preguntaba en vano qué significaba aquello; mas pronto lo sacaron de dudas.

La misteriosa puerta se abrió de repente, y un espectáculo inesperado se ofreció á sus atónitos ojos.

La sala estaba llena de gente; en el fondo se veía un altar portátil, y ante él un sacerdote daba su bendición á dos jóvenes arrodillados: la mujer era Adriana.

El pobre joven se creía víctima de horrible pesadilla. Con los ojos extremadamente abiertos miraba á la feliz pareja, y de su corazón sentía subir á su cabeza oleadas de sangre, y bajar de la cabeza al corazón oleadas de fuego. Anonadado bajo el peso de sus rotas ilusiones, é inmóvil, petrificado, vió acercarse hasta él á Adriana dando la mano á su esposo.

Cuando estuvo cerca, le dijo:

— Tengo el gusto de presentar á usted á mi esposo y primo D. Carlos Molina. Hoy ha venido de Barcelona y mañana partimos.

— ¡Adriana, Adriana! — pudo sólo articular.

— Sr. de Montes, una cosa es la ilusión y otra la realidad. Ha soñado usted y le despierta la fría mano... de la justicia de Dios.

Varios amigos de Paco que presenciaban la escena lanzaron burlonas carcajadas.

Éste las sintió en su cerebro, hiriéndole cual terrible martillazo. Retrocedió pálido, convulso, hasta tropezar con la puerta, por donde huyó como un loco, sin detenerse á coger el sombrero y gritando:

— ¡No lo compra todo el oro!

Llegó á su casa jadeante, y al entrar en sus habitaciones, un criado puso en sus manos una carta, diciéndole:

— La señora la ha dejado para usted.

Paco volvió bruscamente á la realidad.

— ¿Ha salido? — preguntó.

— Sí, señor. Esta mañana con su doncella.

Cuando estuvo solo, Paco rompió el sobre y leyó:

«Me ausento, Paco. Voy en busca de la dicha que tú no puedes darme y que otro hombre me ofrece. Huyó por evitar que cumplas tu amenaza de cierto día. Ambos nos hemos equivocado, á nadie podemos quejarnos. No creo que necesites consuelo; pero sí te recomiendo la calma para hacer menos... desagradable tu situación.»

Aquel fué el golpe de gracia.

Paco llevó las manos á su frente, como si en ella sintiera agudo dolor.

— ¡Ella! ¡La otra! — exclamó luego. — ¡La deshonra! ¡La pobreza! ¡El ridículo! ¡Ahora sí que se reirán de mí!

Como si ya oyera las carcajadas del mundo, hizo un violento ademán: un relámpago iluminó su mirada, su frente se contrajo cual si por ella se cruzasen siniestros pensamientos, y tras un instante de aterradora inmovilidad en que parecía medir todo lo desagradable de su situación, se lanzó frenético á uno de los cajones de la mesa, sacó una pistola y la disparó sin vacilar sobre su frente.

VI

Seis años después de los sucesos anteriores, se veía todas las tardes por el paseo de Atocha á un infeliz demente que paseaba del brazo de un criado: llegaban hasta la puerta de la iglesia, descansaban un rato y se volvían.

El demente era Paco Montes, que en vez de perder la vida en su arrebato suicida, perdió la razón. Su locura era completamente tranquila, á pesar de lo cual, su demacrado rostro revelaba el mayor sufrimiento.

Un pariente se había hecho cargo de él.

En uno de los referidos paseos, el pobre monomaniaco tuvo un singular encuentro.

Al llegar él cerca de la iglesia, una mujer que del templo salía, llorosa, mal vestida y con todas las señales de una gran miseria, dió un agudo grito al verle y se arrojó á sus pies, exclamando:

— ¡Paco, Paco! ¡Perdón!

Era Teresa, arruinada primero y luego abandonada por el vizconde.

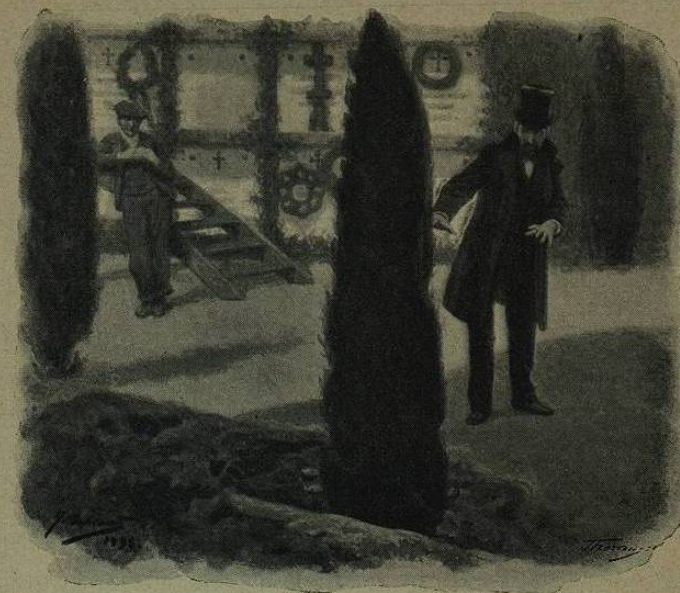
El desgraciado fijó en ella sus extraviados ojos, sus dientes chocaron en convulsivo temblor, un grito inarticulado, gutural, salió como un mugido de su seca garganta, y saltando al cuello de la mujer arrepentida, lo oprimió brutalmente entre sus manos de hierro, convertidas en dogal.

Cuando el criado quiso quitársela, la arrojó lejos de sí, diciendo:

— ¡Maldita seas!

Estaba muerta.

Desde aquel momento fué agresiva y furiosa la antes tranquila locura del infeliz, por lo que tuvo que ser encerrado en un manicomio.



... fijando la inquieta mirada en un punto, como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo

QUIEN Á HIERRO MATA...

I

Paco y Lola venían conjugando el verbo *amar* desde mucho antes de saber para qué sirven en nuestra rica lengua los demás verbos que son nervio y vida en la enunciación del pensamiento.

«¿Me *teres*? — Te *tero*,» se decían en el encantador idioma que usan esas criaturitas mitad querubines, mitad diablillos, delicioso bullebulle de las casas, que todo lo animan y lo alegran.